MAESTRO

Por Luna Mi

MAESTRO

El sol fluía delgadamente en las blancas líneas de mis calcetas, era el cielo de marzo caluroso y asfixiante, nos abrazaba azul con todo su viento. Terminaba el día de clases, en realidad habíamos tenido pocas pues “según” no definían algunos profesores para las materias; pero ya sabíamos quiénes nos impartirían pues eran los de siempre, tenían esa materia como si fuera de generación en generación, ubicar los maestros que daban clases a los grados siguientes nos servía de guía y sondeo, pues serían los nuestros. Conocíamos que nos daría la maestra Peña, con ella con que cuidaras un árbol durante todo el semestre ya pasabas, o la maestra Alejandra, pedía le dijeran ‘licenciada’, no daba clase durante todo el semestre y sólo hacía apariciones intermitentes para dejarnos tareas y trabajos, que era hacer maratónicos resúmenes de un libro de biblícas dimensiones de un amigo suyo; así que no había mucho que esperar.

El Colegio era tranquilo como un pequeño pueblo, con sus salones que parecían casas, con sus alumnos que eran como habitantes vecinos, pero también gris y desolado en muchas ocasiones, a veces la inercia pálida de la rutina gobernaba todos los pasillos y jardines, las palabras y los gestos, era como fantasmas hablando entre fantasmas en un lugar donde no pasaba el tiempo.

En esos días llegó un maestro nuevo al Colegio, como buenos adolescentes los compañeros le adjudicaron un apodo de acuerdo a su estilo, traía un chaleco donde parecía las flores se habían hilado a su tela con geométrico comportamiento, era “el maestro hippie”, nos dijeron era quien nos daría literatura. En su presentación ante el grupo notamos era diferente a los demás, no era presuntuoso en cuanto a su título académico, ni exponía una seriedad sepulcral como los otros para infundir respeto, él era natural. Pronto agradó a todo el grupo, sus dinámicas eran bohemias y diversas. Nos propuso hacer boletines literarios, además de realizar una serie de murales en el plantel y organizar actividades culturales, en sí, nos proponía darle vida a la escuela y nosotros ser protagonistas en ella.

Así que varios nos ofrecimos como voluntarios para ayudar en todas esas labores, unos a poner convocatorias como jóvenes Luteros para recaudar textos, otros para reclutar Riveras y Siqueiros en las sombras, y mobiliario para las exposiciones como lo habíamos visto alguna vez en las galerías que salen en la televisión. En reuniones con el maestro veíamos los avances de nuestro proyecto, y cuando dejó de ser un bulto amorfo todo lo planeado, por fin pusimos fecha para todo ello, estábamos más que motivados.

Nos preparábamos también para las jornadas estatales, era el evento más esperado por todos los planteles, en realidad era el único evento de notoriedad del Colegio de Bachilleres que no tratara de los bailes y suspensiones de su

sindicato; son (porque todavía se hacen bendito Dios) como Olimpiadas, sí, académicas, culturales y deportivas entre los planteles del Colegio de Bachilleres, primero en su fase sectorial, luego estatal y por último las nacionales; en fin, toda una comedia de Moliere, donde todo era felicidad y se lucían quienes menos habían aportado al trabajo, pero bueno, así son las comedias sino cuál sería su gracia.

La relatividad imperaba esos días, no afectaba tanto el aire plomizo de las horas del medio día, era más leve la caricia de la costumbre, como si nos rozará una hoja en la frente, como dibujar unos ojos en la tierra y no importará que el mismo polvo los borrara. Nos emocionaba la proximidad del calendario con la inauguración de nuestro festival, y eso nos dibujaba una sonrisa en los labios cuando nos saludábamos todos los involucrados al encontrarnos en los laberintos del día.

-¿A dónde llevan esa mesa?- preguntó la maestra Angélica, mientras pelaba una naranja.

- Es para el festival de artes, la necesitamos para poner las pinturas que traerá el maestro …

- Ah sí, pero no vayan a ensuciarla, le cuesta al plantel eh.

Y se fue mientras nos quedamos sorprendidos de la lentitud tan apática de su ser, que caía al suelo como las cáscaras que iba tirando.

Pocos días después el maestro se despidió de nosotros y se disculpó por no poder seguir con el festival, nos decía estaba enfermo. Roto su ánimo y rota nuestra ilusión nos dijimos adiós. Pudimos ver como salía del salón con paso lento, alto pero despacio, salí, era necesario agradecerle personalmente. Estaba subiendo las escaleras para el estacionamiento, volteó, sonrió y me regaló un separador:

-Para que sigas leyendo.

-Gracias maestro.

Y se fue. Después supimos que la cancelación del festival de artes se debía a que necesitaban el espacio para hacer el evento de “Señorita Bachilleres”.

Preguntamos a la maestra Ángelica porque se había ido el maestro, burlonamente respondió:

-Ese maestro no tenía nada aquí. Refuté molesta:

- Se equivoca, si tenía, tenía sueños.

Luna Mi